



HERMANO CONFUSO

Este hermano me dijo «Estoy confuso»: es un hombre de talento. Tiene el talento de comprender que no comprende. Es una época en la que la inteligencia se refugia en la confusión. La vida nacional se ha llenado desde hace unos meses de iluminados y esclarecedores que han logrado apagarlo, oscurecerlo todo. Su capacidad para enmarañar es admirable. Enredan el hilo único de la vida mientras proclaman que desde ahora, todo va a estar claro.

El Hermano Confuso me dijo: «Desde que todo está claro, no se entiende nada. Yo era antes un hombre feliz. Sabía perfectamente lo que no me gustaba. No tenía el problema de que me gustase algo, porque ese algo no existía. La felicidad consiste en saber a qué atenerse, aunque sea una desgracia. Ahora han empezado a brotar cosas que podrían gustarme, pero que son evanescentes, delicuescentes». «Si te gusta lo delicuescente, irás a manos de la justicia». «No: eso es lo delincuente. Delicuescente es aquello que tiene la propiedad de absorber la humedad del aire y disolverse en ella». «A veces, es lo mismo». «Vas acertando. Esta es la cuestión: se esta perdiendo la noción de lo que se puede y no se puede, de lo que uno puede aceptar y de lo que no puede aceptar. Me refiero a la conciencia». «Es que eres muy viejo. La conciencia es algo en desuso. Un arcaísmo». «No seas vulgar. El cinismo ya no se lleva». «¿Qué se lleva, entonces?». «Todo y nada. Es como en las modas de las mujeres. Igual da pantalón que falda; igual faldas amplias y largas que pantalones ceñidos, con todas las hendiduras y todos los abultamientos propios de ese extraño ser que es la mujer». «Pero, debajo, siempre hay una mujer. ¿No pasará lo mismo con lo otro? ¿No será siempre el mismo ciudadano, el mismo homo politicus el que te habla, pero bajo diversas formas alotrópicas?». «Sí, eso está claro». «Entonces, hay algo claro».

«No», insistió el Hermano Confuso. «No entiendo para qué lo hace. Antes, estos seres unívocos eran felices aparentando que eran uno solo, ahora son un solo ser y aparentan que son muchos. Y yo era feliz desentendiéndome, o simplemente negando. Y no entiendo por qué todo ha cambiado». «Todo cambia para que todo pueda ser igual». «Pero yo no entiendo por qué». «Ni yo entiendo una sola palabra de todo lo que estás diciendo». «Entonces, vamos los dos por buen camino. Si no se me entiende, voy ya camino del poder; si tú no entiendes, vas por el del talento». Y así el Hermano Confuso y yo llegamos a la conclusión de que los dos podíamos ser felices.

HERMANO FRANCISCO

